

habita? *Noli esse sicut leo in domo tua, evertens domesticos tuos.* (Ecl. 4. v. 35.) dice á los tales el Espíritu Santo. Si como el leon con una curiosidad nimia todo lo averigua, si con una impertinencia necia á todas horas ensa, si con una ira bruta suenan por instantes los bramidos, los gritos, los alborotos, y si con una crueldad de bestia no se vén sino amenazas, castigos, y azotes, golpes, manotadas; ¿qué ha de haber con este leon, sino destrozos? *Evertens domesticos tuos.* Y si lo que es peor, que un leon, un hombre necio, un hombre en sus costumbres rustico, un hombre en sus proceder mal Cristiano, que junta con su escasez sus malicias, y con su necesidad modesta sus enojos intempestivos, ¿qué cosa puede haber para una pobre muger mas pesada? *Grave est taxum, & onerosa arena, sed ira stulti utroque gravior.* (Prov. cap. 27. vers. 7.) No hay prensa tan pesada, que así oprima, como esas iras de un necio, que se juntan con la sinrazon.

Pero si es la muger la que mueve los disgustos, la que arma las riñas, la que suscita las discordias, ¡oh, Dios! No parece que halla palabras el Espíritu Santo para ponderar de tal muger la malicia, y de su triste marido la desgracia: *Melius est habitare in terra deserta, quam cum muliere rixosa.* (Prov. cap. 12.) Mejor es vivir en el desierto mas retirado, mas desamparado, mas triste, que con una muger pleytista, y rencillosa: mejor allí la soledad, que aquí compañía tan funesta; allí menos molesto el desamparo, que aquí la enfadosa asistencia de quien así aflige: mejor, en fin vivir entre las bestias, que con quien envenena peor, y mata con las palabras. Aun es poco lo dilatado de un desierto, dentro de una cueva, en lo mas estrecho de una gruta, sería mejor vivir con un leon, ó habitar con un dragon, que con una muger, que por instantes aguza los dientes de su rabia, y aviva el veneno de su colera, y de su malicia: *Commorari leoni, & draconi placebit, quam habitare cum muliere nequam.* (Ecl. 25.) ¿Qué cosa mas cruel entre los quadrupedos, que el leon: pondera San Chrysostomo: *Quis inter quadrupedia animalia leone severius?* (Hom. 15. ex Var. in Matth.) Pues no llega su crueldad á la de una muger litigiosa: *Sed nihil ad hanc.* Entre los que se arrastran, ¿quál mas atroz, que un dragon? *Quid dracone atrocius?* Pues no tiene que vér con lo fiero de una muger pleytista. Es como un escorpion, que al asirlo logra la punzada con el veneno: *Mulier nequam, qui tenet illum, quasi qui apprehendit scorpionem.* Pues mejor es el desierto mas triste, mejor la cueva mas horrible, que una casa, donde los repetidos pleytos de una muger habladora, colérica, soberbia, y libre, hacen lo que muchas goteras en el techo, que ni dexan la casa en su lugar, ni en su lugar las mesas, que todo lo trastornan, que todo lo revuelven, hasta que haciendo la casa inhabitable, despues de echar de ella al

marido, todo se arruina, todo se cae; todo se acaba, y todo se pierde: *Tulla jugiter perstillantia, litigiosa mulier.* (Proverb. 16. v. 13.)

Sea, pues, por uno, ó sea por otro, cierto es, que de las porfias nacen las mas veces las discordias de querer cada uno llevar la suya adelante, y que se haga siempre su querer, haciendo los disgustos la perdida, y los pleytos. Digno es de admiracion, y lleno de enseñanza lo que vió una vez Muciano, y refiere Plinio (Plin. lib. 8. cap. 50.) Estaba sobre un caudaloso, y profundo rio una estrecha viga por puente; entraron á un tiempo de la parte de allá una cabra, y otra de esta parte. Vinieronse á encontrar en medio de la viga, y veislas aquí ambas paradas; volver atrás cada una, no podia: si porfiaban cada una pasar adelante, habian de caer ambas en lo profundo. ¿Pues qué hicieron? Mirad, racionales, lo que les dió la misma naturaleza á unos brutos. La una de ellas fue poco á poco doblando las rodillas, abatió la cabeza, echóse toda muy encogida: con esto la otra por encima de ella fue pasando, y así pasaron ambas libres. ¡Oh, si esta doctrina la tomarán para sí los casados! Si na pocas veces se llega á estrechos, en que á la porfia, el uno, y el otro peligran, haga la razon, haga la fé por una eterna vida, lo que allí por una vida material les dió la naturaleza á dos brutos. ¡Oh, si así, ya cediendo el uno con cordura, ó ya la pasion exagera, ó ya los chismes, y los cuentos, muy comunes entre casados, atizan. Preguntando el Rey Alfonso de Aragon, ¿quáles serian buenos casados? respondió bien discreto: *Si maritus aliquando surdus, & uxor caca fuerit: Si el marido supiere ser á veces sordo, y la muger se hiciera á ratos ciega. ¡Qué bien dicho! Si el marido fuera sordo á palabras necias, á dichos imprudentes, á cuentos de erizados, á chismes de ruines, y á silvos en fin de demonios. Y si la muger fuera ciega, no solo á no vér lo que está delante, pero ni á escudriñar curiosas, ni preguntar necia, ni averiguar inquieta. ¿Qué paz habría? ¡que union! y ¿qué concordia! Ya lo habia dicho antes San Chrysostomo: *Neque vir leviter, & inconsideratè credat adversus uxorem, neque uxor leviter, & curiosè scriuetur ingressus, & exitus mariti* (Hom. 20. in ad Ephes.)*

Pero si alguno ha de ceder, queda la misma duda. ¿Quién debe ser? ¡Oh, Dios! Si se conoce la razon, ¿qué hay que preguntar? y si no se conoce, ¿qué he de decir? Lo que sé es, que Sócrates, digna admiracion de Grecia, cedia no pocas veces á una Xantippe, muger loca, y fiera, y que habiendole dicho palabras fulminadas de furia, al baxar luego de la escalera, le echó encima un cantaro de agua, y el respondió: *¿A yo sabia, que des-*

pua

pues de los truenos viene el aguacero. Eso es ceder una gran capacidad, un juicio maduro á la ignorancia, y á la flaqueza de una pobre muger. Por el contrario, dice Plutarco, las mugeres discretas, quando el marido grita, entonces callan; quando está colérico; entonces lo dexan; y despues, quando ya sosegado, lo mitigan mejor, y lo ganan: *Prudentes matrone viris ex ira vociferantibus tacent, silentes alloquio demittunt.* (Plutarch. Precep. conjug.) En tales ocasiones tomar una bocanadita de agua en la boca; y á di alguna vez por grande remedio: que si dos puertas, ó ventanas abiertas hacen que el ayre se corresponda, toda la pieza con el ayre de correspondencia se alborota, y con cerrar una, cesando la correspondencia, cesa tambien del ayre la molestia. A un Jacob obedeció rendida una Raquel, entregando los Idolos, que tanto le dolian. Pero por el contrario, Nabal, el rustico le hubiera ido muy mal, á no arrojellar su necesidad su prudente muger Abigail. Ello en fin, si los Naturales no frisan, sea un amor noble, y casto el que los endulce. Hay frutas, dice San Francisco de Sales, como el membrillo, que por lo aspero de su zumo no se pueden comer sino en conserva; otras, que por su ternura, y naturaleza no duran, si no se les hace el mismo beneficio, como las cerezas, y albaricoques. Así, pues, si en uno lo aspero, y desabrido del natural, si en la otra lo delicado, y quexumbroso del genio, son la ocasion de la amargura, confitados en un amor casto, tendrá la concordia, y la paz su permanencia. ¿Mas qué diré, si logra el diablo la punta mas venenosa de los zelos? Aquí es donde en un desdichado corazon se vé bullir un hormiguero de sospechas, de rabias, de turbaciones, de recelos, que salen como negras sombras del Infierno. Ya se representan á los ojos, dando por hecho lo que se sueña; ya soplan á los oídos, contando por cierto quanto se imagina, y todo para convertir el alma, y la casa toda en un infierno: *Dura sicut infernus amulatio.* Jamás salió de los abysmos peste mas fatal para los matrimonios. Aquí es donde asesta el demonio todos sus tiros, y aquí donde logra sus lances. (In ejus Tit. cap. 18.)

Conjurando San Vicente Ferrer en Valencia á una pobre doncella, que estaba endemoniada, á la fuerza de los conjuros obligó al maldito espíritu á que en público dixera, por qué habia entrado en aquella inocente; y oyendolo todos, dixo: No soy uno solo, somos muchos, y venimos solo á sembrar discordia entre su padre, y madre de esta hija, lo procuraremos con toda diligencia; pero su madre, por ser muy devota de la Santísima Virgen Maria, se acogió á su patrocinio, con que no pudimos lograr nuestro intento; y al despedirnos, haciendo un grande ruido, todos los de la casa se hicieron la señal de la Cruz, y solo ésta no la hizo, y por eso entramos en ella. Así, pues, se atropan los demonios, solo á causar entre los

casados discordias, porque ellas tienen su logro de quantas culpas, de quantos escandalos, de quanta perdicion en lo temporal, y eterno: *Viro & uxore* (dice el Chrysostomo) *perperam dissentientibus nihil salubre esse poterit, totaque simul nutabit familia.* (Chrys. 4. in Epist. Timot.) Reñidos los casados, nada hay bueno en la casa, nada que aproveche al alma; toda la familia se pierde, y toda la casa se arruina. Alto, pues, dice San Pablo: *Cum patientia supportantes in charitate*: con la paciencia se sufriran el uno al otro: *Soliciti servare unitatem spiritus in vinculo pacis*: solícitos siempre de conservar la union, y la paz que han de eternizar en la Gloria.

## PLATICA VIII.

Cómo se deben compartir los oficios entre el marido, y la muger para el buen gobierno de la casa, y paz del matrimonio.

A 28. DE NOVIEMBRE DE 1694.

Alternando el gobierno del Cielo, sin mas libro que el que nos tiene abierto con sus claras letras de luces, sus líneas todas de rayos, tenemos hoy tan hecha la Plática, que seríamos del todo ciegos, á no aprovechar la doctrina que se nos entra por los ojos, ó á obligar á su imitacion, ó á no dexar escusa á conocidos yerros. El Cielo, pues, es quien hoy, con sus mejores luces nos predica. Compartido, digo, entre el Sol, y la Luna de toda esta grande casa del mundo, el económico gobierno, no parece sino que en esos dos planetas, que así casó Dios en el Cielo, nos puso tan patente á todos un retrato de lo que debe ser cada matrimonio todo un Cielo. ¡Qué bien compasados del uno, y otro los oficios! De modo, que siendo ambos iguales: *Luminaria magna.* (Genes. 1.) No por eso dexa de ser la Luna la menor: *Luminare minus* que concurriendo los dos á unos mismos influxos, se conoce la superioridad del uno, y de la otra la sujecion; del uno las carreras infatigables, y de la otra la incansante solicitud. Siempre el uno al otro sin perderse de vista, mirandose atentos; por eso siempre ambos lucidos, sino es que alguna vez, para escarmiento, interpuesta la tierra, haga reparar su discordia con negras manchas un eclipse, haciendo levantar los ojos á la nota á todos los que de su gobierno vivimos, nos animamos de su luz, y aientamos á sus influxos. El Sol, y la Luna, pues, son el exemplar, con que no puede ser mas heroyco, ni mas lucido del gobierno, y de los repartidos cargos de dos buenos casados, sin que ni el uno confunda por superior, de la que le es inferior, la jurisdiccion; ni la otra piense tener mas luces en lo que domina, que las que

re-



recibe del superior que la alienta. Así miró Joseph en aquel sueño à sus dos padres, que como buenos casados retrataban del Cielo las dos mejores luces, siguiéndoles à su buen gobierno una familia como Estrellas: *Vidi per somnium quasi Solem & Lunam, & Stellas undecim.* (Genes. 37. v. 9.)

Y si ya se nos entra por los ojos tan clara como el Sol la proporción, se vé tambien el camino de trasladar à cada casa de los casados un abreviado Cielo. Vimos en la mutua fidelidad, el seguro del corazón; en el amor reciproco, las dulzuras todas del alma; en la concordia, y paz del corazón, y del alma, los bienes, y de la salvacion los caminos. Mas para conservar esa fidelidad, ese amor, esa concordia, y paz, ¿qué nos falta? El buen gobierno de la casa, los bien repartidos cargos de la obligacion entre el marido, y la muger, y mantenidos estos, se seguirá en el concierto la armonia, en las luces la hermosura, en los influxos la abundancia, en el calor la vida, en el esplendor la honra; y en dos almas el Cielo. Es, pues, el marido el Sol; ¡oh, cuánto resplandor en su dominio! pero eso mismo, ¿cuánto de honorosas fatigas en su cargo, cuánto de atenta vigilancia en su cuidado, y cuánto de liberales influxos en su providencia! Le toca (quién no lo vé) el correr incesante, un diligenciar, un valor à buscar para repartir, à ganar para mantener, à adquirir para sustentar. ¿Un Sol parado de qué servira? De confundir al mundo. ¿Y un marido ocioso, holgazán, descuidado, de qué sirve, sino de una deshonra vergonzosa? (Ap. Leblan, in Psalm. 127. v. 3. num. 33.) Yá se rien las Naciones todas, que gozan de entendimiento, de oír como los Setas en la antigüedad, mientras las mugeres, cortado el pelo, ceñido el talabarte, se afanaban en las mas duras fatigas del campo; ellos, muy rizado el cabello, curada, y afeytada la téz, entre perfumes delicados se estaban puestos en el estrado. Yá mofan los que gozan de razon, de los Barbaros en el Brasil, que parida la muger, se levantaba al punto à servir, y trabajar en la casa, mientras el Indio-marido, puesto en la cama, lo regalaban, y servian, tratandolo como à recién parida. Ea, que aun de hablarlo solo dá vergüenza, y sobra para tantos maridos, que solo tratan de ser Soles en lo lindo, olvidandose en la ociosidad holgazana todo lo cargoso.

Como el Sol, pues, sustenta de la gran casa del mundo toda la familia, sin que de su calor, ni una lagartija se esconda: como el Sol, vistiendo los campos, y sustentando en ellos los vivientes, adorna las Estrellas, y engalana con sus luces todas à la Luna, así se vé del marido en su casa patente, y clara la obligacion. Mas para eso, sobre el cuidado, y la fatiga, se sigue lo derecho de su carrera, sin divertirse jamás, ni un punto, de su atencion; que aun al Sol todo no le bastá-

ra su caudal, si se divertiera; y una vez que lo fingió la antigüedad enamorado de una Ninfa, le dieron la queixa, y la vaya, que hasta ahora dura:

*Quid virgine figis in una,  
Quos mundo debes oculos?  
(Ovid. 4. Metam.)*

¿Cómo, pues, no será, sobre intolerable, imposible, carga de un marido, que no bastándole todo para su casa, divierte las atenciones à la agena, dexando sobre una pobre muger toda una carga intolerable? ¿No es una locura ordinaria, sino un furor, una rabia, dice nuestro docto Causino, el vér à una pobre muger cargada de hijos, gemir debaxo del grave peso de una casa que trae sobre sí, afanar, y secarse como la planta sin jugo, y sin humor, y sustentarse con hiel, y con lágrimas, mientras el marido desleal está gastando en los excesos de la gula, y del juego la hacienda que Dios le dió para sustentu de su familia? ¡Oh, Dios justiciero! y qué de veces vemos esto! ¡Oh, ingrato, y barbaro, que por contentar tu apetito pones à los pies los Mandamientos de Dios, y el respeto debido al Matrimonio! Ese dinero, que tu cruel mano desperdicia con tanta prodigalidad en los juegos, y en las amigas, es la sangre de tu pobre muger, à quien habias de amar como à tí mismo: es la vida de tus pobres, è infelices hijos, que debian ser la mitad de tu corazón. ¿Quieres saber lo que de tí siente San Pablo? Pues dice, que eres peor que un barbaro: *Si quis suorum, & maxime domesticorum curam non habet, fidem negavit, & est infideli deterior.* (1. ad Timot. 5. v. 8.) Quien de su casa no cuida, quien à los suyos no sustentu, ¿qué importa que parezca Christiano en las palabras, si niega la fé con las obras, y es peor en las obras que un Moro, y que un Turco?

Pero mientras el marido honrado, como el Sol diligente por lo de fuera, se fatiga à buscar, à acaudalar, à adquirir para el sustentu; yá por lo mas interior de la casa ha de ser la Luna la que le alivie sus fatigas, la que gobierne sus influxos, la que maneje con discrecion el caudal de su calor, y de sus luces. ¿No es cosa rara, que yá en la Medicina, yá en la Agricultura, yá en la Nautica, apenas se dá paso, que no sea observando à la Luna? Si se han de dár las purgas, las bebidas, los medicamentos, se observa la Luna: si se han de sembrar las semillas, podar las vides, cortar las maderas, se mira primero à la Luna: si se han de entregar à la inconstancia de los mares las velas, à la Luna se atiende. ¿No es el Sol el padre de los vivientes, el dueño de los influxos, de quien penden, como de su origen, los tiempos? Si, pero la Luna es la muger de casa, la que tenemos mas inmediata siempre; es por cuya mano ha de pasar todo el gobierno, ella lo dispone, ella lo muda, ella lo altera, y

por

por eso está pendiente de su atencion toda la familia. Para eso, pues, puso Dios al lado de Adán à Eva: *Adjuvium simile sibi.* (Genes. 2.) no solo para compañera, que le estorvára la soledad, sino para ayuda, que mirándole la fatiga, le suavizára el trabajo. Ese es el cargo de la muger, en que ha de emplear sus cuidados todos, y toda su atencion, dice San Pablo: *Mulieres domus curam habentes, custodes domus.* (Ad Tit. cap. 2. v. 5.) Leyó el Griego, son guardas de la casa: de modo, que no teniendo, ni mas esplendor, ni mas hermosura, que en quanto miran, y reciben la luz de su Sol, luego ácia la casa, y la familia han de emplear su caudal todo, y su sollicitud: *Qui possidet mulierem bonam inchoat possessionem.* (Eccles. 36. v. 26.) dice el Espiritu Santo. El principio, la basa, el fundamento de adquirir caudal un marido para sustentu de su casa, y de su familia, es una buena muger. ¿Una muger, que ha de estar encerrada, y metida en casa, que no ha de salir con él à sus negocios, que no ha de andar por las calles, y plazas, que nada entienda de compras, ni ventas: ese es el principio de que él adquiera caudal? *Inchoat possessionem.* Si, prosigue el mismo Espiritu Santo: *Adjuvium secundum illum est, & columna, & requies.* Porque esa muger es la ayuda mejor que él puede tener, es à medida de todo quanto él necesita, es la columna que lo sustentu, y es el descanso que lo alivia.

¿Pero en qué está el ser esa muger tan buena, que de ella pende para el marido, y para la casa toda la felicidad? Lo primero, en el gobierno virtuoso, discreto, prudente de su familia, en la reparticion de ocupaciones, y de tiempos, de modo que no habiendo nadie ocioso, desterrados los vicios, se dé lugar à las acciones de virtud, y que miran al servicio de Dios. Si en esto pone una madre de familias su atencion, eso es darle todo el sér à su casa, dice el Sabio mayor de los hombres Salomón: *Sapiens mulier edificat domum suam.* (Prov. 14. v. 1.) Una muger sabia edifica su casa. ¿Sabia? Si, en el gobierno, en la disposicion: este es el saber, esa es la discrecion mayor de una muger, el buen gobierno de su casa: *Familiarum tota philosophia est economica,* dixo Demostenes. (ap. Salaz. in Prov.) Y si eso sabe, mas que ni sepa latines, ni historias, ni baquillerias. Por eso aquella discreta Lacena, que cautiva le preguntaron, qué sabia hacer, respondió bien à punto: *Sé gobernar bien una casa.* (Plut. in Caco.) Este sí que es saber. Pero si éste falta, ¿qué se sigue? Yá lo dixo el Espiritu Santo: *Inscipiens extruam quoque manibus destruit.* Una muger tonta, necia, y vana, que nada cuida, que nada gobierna, aun la mayor casa, perdiendose la familia, la echará toda por los suelos.

Pero al gobierno de su buen juicio se sigue lo segundo, la aplicacion tambien diligente, y ma-

ñosa de sus manos. Claro está, que à una muger no se le pueden pedir las fatigas de un azacán; pero en los exercicios mugeriles, aunque parecen tenues, desterrando los daños del ocio, pueden hacer provechos grandes: *Mulier diligens corona est viro suo.* (Prov. cap. 12. v. 4.) dice el mismo Salomón. Una muger diligente, aplicada, mañosa, es la corona de su marido, es la que aumenta todo el lustre, es la que hace como aquella celebrada Muger fuerte, que en el adorno, yá suyo, y yá de su esposo, pueda él parecer lucido à los ojos del mundo: *Nobilis in portis vir ejus.* (Prov. 31.) Pero si en vez de amafiarse ácia lo provechoso, gasta todo el tiempo en lo vano; si toda la diligencia la pone solo en gastar las mañanas enteras en su alioño: si no sabe mas que de afeytes, colores, y cintas, ¿qué se le ha de seguir al marido? *Putredo in ossibus ejus, qua confusione res dignas gerit.* Una pudricion de por vida, con una muger de dia, y aun de noche, aliñada; un consumirle las entrañas con lo que todo se vá en los afeytes: una polilla, que carcomiendo por lo interior la viga, quando menos se piensa, quiebra, cae, y salta: *Sicut in ligno vermis, sic virum disperdit mulier malefica,* leyeron los Setenra.

Mas yá de aqui se sigue lo tercero, que con el gobierno de su juicio, que con la diligencia de sus manos, ha de juntar la muger el cuidado, no digo la nimia escasez, la guarda; no digo la miseria, de que no se desperdicie mal gastado ni un medio real de lo que le cuesta las fatigas, y los sudores à su pobre marido. Ha de ser la cerca que lo defienda, el muro firme que lo guarde. Nada falte à lo necesario; pero nada permita su cuidado que se malogre al desperdicio: *Ubi non est sepes diripiatur possessio, & ubi non est mulier, ingemiscit ager.* (Eccles. 36. vers. 27.) Yo aseguro, que si à la correspondencia de lo que el marido busca, hubiera luego en la muger este zeloso cuidado à guardar lo que él gana, menos quejas habria, y menos pérdidas. Pero si ella es la primera à los antojos, à los gustos vanos, à los usos, à las vanidades, à las galas, y à los desperdicios, ¿cómo no se arruinarán las haciendas? ¿cómo no gemirán los maridos? ¿cómo no robarán para mantenerles sus pompas? ¿cómo no harán las tyrantias para que se gaste en visitas? y ¿cómo no se los llevará el diablo à docenas, porque mugeres locas gastan à millares? (Pausan. lib. 10.) Pintaban bien en la antigüedad tales maridos, y tales mugeres, con pintar à Oeno, formando à grandes fatigas una sogu de esparto, que con grandísimo trabajo la iba torciendo, y detrás de él su jumentillo, que conforme él iba pasando la sogu yá torcida, él se la iba comiendo. Y si es así, y así sin duda sucede, ¿qué importan del marido las fatigas, los trabajos, quizá los robos, quizá las tyrantias, si en una tarde se comen las fatigas de todo un año? Si en unos zarcillos se vá una renta, y si en una locura de una muger to-

Nnn do



do un caudal, que no hay ninguno que baste, dice San Basilio, para saciar de una muger la vanidad: *Nullas muliebri concupiscentia thesaurus sufficiens est, nec si è fluminibus fluat*, (S. Bas.) aunque fuera todo un río de dinero, no pudiera alcanzar. Y si esto hay, quexense de su locura, quexense de su vanidad, no se quexen del Matrimonio, y oyan este escarmiento.

En el libro intitulado *Scala Coeli* (Spec. v. 6. vestim. exemp. 8.) refiere Fray Juan Junior, Dominicano, y lo trae el Espejo grande de exemplos, que un Religioso Sacerdote decia continuamente Misa, y hacia grandes penitencias, por el alma de su madre difunta, hasta que un día, que con mas fervor, y lagrimas oraba por ella, la vió de repente delante de sí con esta espantosa vision. Vió que venia sentada sobre un fierisimo dragon, que respiraba sulfureas llamas; al un lado y al otro dos horribles demonios, que con dos cadenas de fuego, que la apretaban y ceñian todo el cuerpo, la traian aprisionada: de su cabeza pendientes muchas lagartijas, dos escorpiones en sus ojos, en sus orejas dos ratones, que unos, y otros no cesaban de roer, y morder. Cayó fuera de sí el Religioso; pero la desdichada, no temas, le dixo, que soy tu maldita madre. Pues ¿cómo, le replicó él, no te confesaste, y recibiste los Sacramentos? Si, respondió, pero siendo las galas profanas un saco lleno de ira de Dios, yo desde mi juventud me dí à ellas en afeytes, y aderezos, à que acompañaban mis malos pensamientos; y aunque de esto me confesaba; pero era siempre sin dolor, ni proposito de la emienda. Asi pasó, y nunca tuve valor para volver à revelar aquellas confesiones, y asi estoy sin remedio condenada. ¿Y qué figuras son esas tan horribles? le preguntó el hijo; y ella: este dragon me trae, y lleva por los torpes pensamientos que siempre tuve; estas lagartijas son ahora el adorno de mis cabellos; estos dos escorpiones me hacen pagar lo torpe de mis vistas; estos ratones me repiten royendo mis lascivas conversaciones; y en fin, estos dos demonios que à mis dos lados me acompañan, el uno es por los gastos superfluos con que à tu padre, y mi marido le hice gastar, con no pocas ofensas de Dios, en mis vanas galas, y aderezos; y el otro es por las muchas mugeres, à quienes yo provoqué, y perdí con introducciones de usos, y malos exemplos. Con esto, y un estallido horrible desapareció. ¿Oh, si sonáta este estallido, y estas voces en los oídos de tantas, como haciendose el matrimonio, por su vanidad, intolerable, acarrean con él al alma cadenas de que nunca se desaten! ¿Oh, si sirviera este escarmiento, para que logrando las mugeres la quietud, quitadas de vanidad, y afeyte, que solo sirve à ellas de inquietud, y à todos de lazo, lograran tambien los maridos, aliviada la carga de gastos vanos en el Matrimonio, la felicidad de esta vida, y en

la paz, y concordia de un buen gobierno, de su casa, el logro de la eterna paz de la Gloria.

## PLATICA IX.

Del tercero bien del Matrimonio, que es la fecundidad en los hijos.

A 5. DE DICIEMBRE DE 1694.

¿Cuál es aquel bien, que à proporcion de lo que desconsuela quando falta, aflige quando se posee? ¿Aquel bien, que mientras no se tiene, desasosiega à los deseos, y al punto que se consigue empieza à inquietar los cuidados? ¿Cuál es un bien, que ya parece mejor quando de él se carece; y ya quando se goza, con lo mismo que atormenta crece su estimación? Enigma parece quanto pregunto, y es realidad bien experimentada la que propongo en el tercero bien del matrimonio: *Bonum prolis*, el bien de la generacion. Un bien, que compuesto de dos contrariedades, no acabamos de saber quando son bien para los casados los hijos, pues quando faltan desconsuelan, y quando se tienen aligentan; mientras no los hay, falta en el matrimonio el cabal de su regocijo; y en habiendolos, sobra en la casa el lleno de los cuidados. ¿Pues dónde está ese bien? Difícil question, que alguna vez propuso à sus Académicos Euripides. ¿Qué les acarrea, preguntó, à los casados mayor gusto, la esterilidad, ó la fecundidad? ¿el tener hijos, ó el no tenerlos? Y en verdad, que entre razones, y argumentos, yá por la una, yá por la otra parte confusos, se quedó en pie la duda, sin resolverse: *Dubius equidem sum, neque judicare possum, utrum melius sit progignere liberos, aut sterili vita frui*. (Apud Tosum in Eccles. cap. 16.) Si no los hay, es descanso, mas tambien triste soledad: si los hay, causan alegría, mas tambien profundos pensamientos de congoja. Si no los hay, ceñidos à menor esfera los cuidados, dán lugar à la vida; pero no dexan esa vida al corazón los incessantes deseos. Si los hay, divierten entretenido el amor con sus caricias; pero con sus travessuras tambien atrayesian al corazón los sustos. Quien no los tiene, vive libre de incessantes molestias; pero sin el saynete, que sazona del matrimonio las cargas. Quien los tiene, apenas vive, quando, ni el sueño dexan, ni el descanso; pero con solo verlos, respiran alentados sus ahogos. Ellos, en fin los desean los que no los tienen, y los que los tienen, dicen, ¿que dé Dios hijos à quien los desea! ¿Oh, qué bien dixo Tertuliano! *Amara est liberorum voluptas*. ¿Oh, gusto amargo! ¿Oh, amargura gustosa, la que en el amor mas dulce envuelve las penas, y congojas mas amargas!

Ve-

Vemos una Raquel, que cuenta con la muerte el no tener hijos: *Da mihi liberos, alioquin moriar*. (Gen. 37. vers. 2.) Y esa misma que al tenerlos le cuesta Benjamin la vida, y por esto llamado hijo de dolor: *Filius doloris mei*. Vemos, que por Rebecca estéril clama Isaac su marido à Dios, que le dé hijos: *Deprecatusque est Isaac Dominum pro uxore sua, eo quod esset sterilis*. (Gen. 25. v. 21.) Y esa misma, quando ya teniendo en su vientre dos hijos, à los dolores que la causan, clama arrepentida: *Si sic mihi futurum erat, quid necesse fuit concipere?* (Ibi, v. 22.) ¿Para qué fue concebir para tanto padecer? Vemos que un Abraham, aun ofreciendole Dios toda una inmensidad de riquezas, todas le parecen nada, mientras no tiene un hijo: *Quid dabis mihi? Ego vadam absque liberis*. (Gen. 15.) Y ese mismo, teniendo ya un hijo, aun solo con un susto le sirve de tras pasar todo su corazón: *Ibi erat patris passio tanta, ubi filius immolabatur*. (Zenon Veron.) ¿Pues en qué quedamos? ¿Dónde está este bien de los hijos? *Bonum prolis*. Y si es bien del matrimonio, ¿cómo no todos los matrimonios los tienen? Dos preguntas son, à que se cifre hoy nuestra Plática, y antes de responder à la primera, satisficémos por ella à la segunda, que si no se halla tan facil, en que consiste, y está este bien, para que lo sea, ha de ser Dios quien lo ha de repartir.

Quatro llaves de la naturaleza decian los antiguos Hebreos, que reservó Dios à su propria mano, sin querer fiarlas de nadie. La primera, la llave del Cielo en las lluvias, que su Magestad es quien al Cielo le corre los cerrojos quando mas de diamante: *Qui operit calum nubibus, & parat terra pluviam*. La segunda, la llave de las troxas, donde nos reparte las semillas para el sustento, aunque tantas manos sacrílegas le quieren quitar à su Magestad de la mano esta llave: *Aperis tu manum tuam, & implet omne animal benedictione*. (Ps. 144.) La tercera, la llave de la muerte, y de los sepulcros, que solo su poder podrá vencer sus fuertes armellas: *Aperiam tumulos vestros*. (Ez. 37.) Y la quarta? Esa es la llave de la vida, con que solo Dios es el que animando en el vientre de la madre à la criatura, le dá el sér, y de allí la saca à vivir: *In te confirmatus sum ex utero, de ventre matris mee, tu es protector meus*. (Ps. 70. v. 9.) Ahora, pues, ya de aqui se sigue quando es el mayor bien la esterilidad; y quando el no tener hijos es la dicha mayor de los matrimonios. Yo no niego que en los que no los tienen, sean muy licitos los deseos, muy justos los clamores, muy gratas à Dios las oraciones para conseguirlos. Diganlo en la Ley Antigua una Ana mas prodigiosa por madre, asi del mayor prodigio de la Ley de Gracia. Pero eso será para que Dios sea quien los dé; qué medicinas, bebidas, humanas diligencias; no tiene Fé quien no vé tan grandes necesidades: *Nisi Dominus ad-*

*ficaverit domum, in vanum laboraverunt, qui edificaverunt eam*. (Pr.) Y si Dios los niega, ¿oh, juicios soberanos! ¿Quién no os adora? Quantas veces por bien de los padres asi los niega, que con ellos quizá el amor nimio de los hijos, llenando las almas de sus padres de pecados, los havia de arrastrar hasta el infierno. Diganlo tantos padres como allá están, sin mas cadenas que sus hijos. ¿Quantas veces por el bien de los mismos hijos, qué, como à un Judas, les fuera mejor no haber nacido? ¿Quantas porque prevee su Magestad la muerte corporal de la madre en el parto, à del hijo la eterna muerte en el aborto? Y todas, en fin, porque los que asi dexa en lo corporal estériles, sabe que en lo espiritual pueden ser para la eternidad fecundos, dexando en sus buenas obras hijos, que mejor las eternicen. Dígalo aquel tan celebrado Juan Patricio Romano, y su muger, que iguales en la virtud, como en la esterilidad, y tan faltos de hijos, como llenos de riquezas, escogiendo por su heredera à Maria Santisima, lo aceptó la Señora con el milagro prodigioso de la nieve, que en medio de los borchornos de la Cenicuela, cayó una noche en todo el sitio donde se edificó la Iglesia de Santa Maria la Mayor en Roma. veneracion del mundo. Y pregunto yo: ¿fueran tan célebres hoy, tuvieran tan glorioso su nombre estos dos casados, si hubieran tenido treinta hijos, en que quizá consumido su caudal al juego, y à la vanidad, hubieran aumentado el infierno?

Entretenganse, pues, con las oraciones, limosnas, y buenas obras las esperanzas; que si conviene, dandoles Dios los hijos, será entonces para la felicidad mayor de su matrimonio. (Ap. Marc. lect. 2. prop. 1.) Caso admirable el que en Roma en el Templo del Salvador, en el lauré se halla gravado en una grande lápida. En el año de mil quatrocientos y setenta y quatro, Juan de Mates, y Catarina Calagnira, Barcelonenses, habiendo pasado ocho años de su matrimonio sin tener hijos, con deseo de conseguirlos hicieron voto, y lo cumplieron, de decir una Misa en honra de los doce Apostoles, con doce cirios encendidos, y gravado en cada cirio el nombre de cada Apostol. Oyeronles estos Soberanos Principes sus ruegos, y seguidamente de uno en otro año, tuvieron estos dos casados doce hijos, ocho varones, y quatro hembras, y à cada uno le fueron poniendo por orden el nombre de cada uno de los Apostoles. Y aunque vivieron despues muchos años, no volvieron à tener mas hijos. Muertos los padres, cada uno de los hijos fueron muriendo cerca de la fiesta del Apostol, que à cada uno le tocaba; y el ultimo de ellos, que se llamaba Pedro, fue quien (para eterna memoria) hizo gravar este prodigio en aquella piedra.

Y ya de aqui se sigue claro el conocer, quando es bien del matrimonio el tener hijos. No se

Nan 2

mi-



mira este bien tan à lo material del gusto, tan à lo ratero de las mundanas conveniencias, tan à lo caduco de temporales sucesiones. Llamase bien, y lo es, quando es bien para la República, quando es bien para los decorosos lustres de la Iglesia, quando es bien para el aumento feliz de los hijos de Dios, y quando aumentandose con ellos el número de los Fieles, son tambien para llenar el número de los Bienaventurados. Siendo así, ¡oh, qué gran bien del matrimonio! ¡oh, qué dicha de los casados! ¡oh, qué felicidad de las casas! *Gloria patris est filius sapiens.* (Prov. 10.) Un hijo, que à fatigas de sus padres mantenido, que à diligencias de la buena educacion enseñado, llega à ser en la Iglesia de Dios una lumbrera de sabiduría; ¿dónde hay corazon en un padre, que así vé? ¿dónde puede caber tanto gozo? ¿tanto regocijo? De Diágoras Rhodio, refiere Gelio. (Gel. 1. 3. c. 15.) que habiendo tres hijos suyos ganado todos tres la Corona en los Certámenes Olympicos, al ir todos tres humildes à ponerle à su viejo padre sus Coronas, él de regocijo cayó muerto, no cabiendole en el corazon tanto gozo. Un hijo, que à cuidados de la atencion, y à exemplos de la virtud de sus buenos padres, llega à ser el exemplo de la República, el asombro de la Cristiandad, y la honra de la Iglesia en los Altares, ¿quál será de sus padres con tal hijo la gloria? *Exultat gaudio pater iusti.* (Prov. 13.) Un hijo, en fin, que, ò ya à esfuerzos del valor, ò ya à fatigas del estudio, logra en su República los primeros puestos, ò ya (lo que es mas cierto) à esmeros de la virtud, consigue con Dios los primeros honores, ¿qué honra, qué aclamaciones, qué alabanzas no deriva en sus dichosos padres, que à su buena crianza logran tales premios? *Qui docet filium suum, laudabitur in illo, & in medio domesticorum in illo gloriabitur.* (Ecc. cap. 30.) Y así lo vé, si así lo celebra, si así lo admira con tantas razones el mundo, ese es el bien grande del matrimonio en los hijos: *Bonam proliis.* Nada importan sus molestias, sus cargas, sus cuidados, si por ellos se llegan à conseguir tales premios. Quando San Francisco Xavier estudiaba mancebo en París, molestado su padre, dió à entender en una carta à una Santa Monja en Granada, los muchos gastos que le causaba; y respondiéndole la discreta Sybilla, que no dexase de fomentarlo, porque se prevenia en él un grande hombre en la Iglesia. Y cuán grande, ya lo vé el mundo, y en él cuánta honra à su casa, y à sus padres, y cuánta gloria.

Siendo, pues, así los hijos, ese es el bien del matrimonio; pero si así no son (¡oh, Dios!) esa es su mayor desventura. Una casa llena de mancebos inútiles, peroidos, vanos, y holgazanes, ¿qué importa que sean muchos, si su número sirve solo de arruinar mas presto la casa, de borrar con unas manchas la honra, y de perder por mas ma-

nos el alma? *Ne iuunderis in filiis impiis si multiplicentur,* dice el mismo Espiritu Santo, *neque obleseris super ipsos, si non est timor Dei in illis.* (Ecc. 16. v. 1.) Si no temen à Dios, ¿qué importa que por muchos parezca que en ello se alargue la vida, se continúa la sucesion, si con su vida se dilata la deshonra, si con su sucesion se continúa de los padres la mayor infamia? *Non credas vitæ illorum.* Un hijo solo, que tema à Dios, que le sirva, y que así se ajuste tambien à los honrados términos de su obligacion, eso solo vale mas que mil hijos azotacalles, y jugadores, escandalosos, y perdidos: *Melior est enim unus timens Deum, quam mille filii impii.* Y mejor es, en fin, no tener hijo ninguno, que dexar en malos hijos execrable, y maldita la posteridad, y la memoria: *Et utile est mori sine filiis, quam relinquere filios impios.* ¡Ah, padres! ¡ah, madres! estremeceos à tales rayos, fulminados por boca de Dios; y si el linage es el que ya en nuestra lengua se llama casa, es para mostrar, que no consiste en hacer una buena casa en lo material de las piedras, en abastecerla de los bienes mundanos, sino en instruir bien los hijos en el temor de Dios, y la virtud.

Ello, en fin, si à muchos casados les niega Dios los hijos por premio de sus virtudes, à muchos se los quita por castigo de sus pecados. Habian dos casados hurtado secretamente un buey, y al mismo tiempo, mordiendo un perro rabioso à un hijo suyo, empezó el muchacho à rabiar; eran grandes sus clamores, y gritos. (*Speculum, v. Filium.*) Llevaronlo al Abad Ammon, pidiéndole que le pusiera las manos. ¿Qué me pedis à mí, que soy un gran pecador? respondió el Santo: Solo una cosa os puedo decir, y es que vosotros sois los que teneis en vuestra mano el darle salud. ¿Nosotros? ¿cómo? Yo os lo diré: Volvedle à aquella viuda el buey que le habeis hurtado, y al punto sanará vuestro hijo. Quedaron atónitos al vér que el varon de Dios sabía lo que ellos tenían tan secreto. Pero volviendo à su casa, restituyeron el buey, y sanó al instante, y quedó del todo libre su hijo. ¿A cuántos quizá por semejantes bueyes se los niega Dios? ¿A cuántos quizá por eso se los quita? Así se lo respondió San Chrysostomo à otros dos casados, que llozos le rogaban les alcanzase de Dios, que se les lograra un hijo que la muger tenia en su vientre, porque ya se les habian malogrado otros quatro. (D. Chrysost. Sur. in *Vita 21. Januar.*) Dixo el Santo: Si vosotros cesareis del todo en las culpas, yo os aseguro que os concederá Dios este hijo, pues por las culpas os ha quitado los otros quatro. Así lo prometieron ellos con veras arrepenidos, y así tambien se les cumplió del Santo la promesa. Concluimos, pues, que el ser, ò no ser bien del matrimonio los hijos, no se mide, ni por deseos, ni por cuidados temporales, se atienden por lógos, y por provechos de buena educacion en las

las virtudes; y si con esto se crian: *Filii tui sicut novellæ olivarum in circulo mensæ tuæ.* (Ps. 127.) serán como pimpollos de olivas, que coronan de gloria à sus padres: *Ecce sic benedicetur homo, qui timet Dominum.* Así echará Dios sus bendiciones sobre los buenos casados, así gozarán por toda su vida en los buenos hijos todos los bienes: *Et videas bona Jerusalem omnibus diebus vitæ tuæ.* Y así, despues de su vida, y de gozar en ella la larga posteridad: *Et videas filios filiorum tuorum pacem super Israel,* irán à gozar los bienes mas colmados en la eterna paz de la Gloria.

## PLATICA X.

De la buena crianza, y educacion de los hijos que coronan los bienes del Matrimonio.

A 12. DE DICIEMBRE DE 1694.

PÁSOSE à ser embarazo del corazon, lo que antes fue inquietada fatiga del mas ambicioso deseo. Llegó à sujetar Alexandro su tan deseado mundo, y no cabiendole ya en las manos, lo que aun no le llenaba las ansias, el que antes habia hecho tanto por dominar al mundo, despues de conseguido, ya no sabía que hacerse con el mundo. Oyólo así referir Augusto Cesar, y riendose con razon de tanta necesidad: No sabía Alexandro, dixo, que la mayor gloria de un Principe no está en el mucho adquirir, sino en el bien administrar: no en dilatar el dominio, sino en manejar con aciertos el gobierno. Que ¿de qué servirá adquirir solo para perder, y ganar lo que en vez de aumento sirva de abago, y de ruina, despues de haber servido de embarazo? Consigue, pues, un padre con un hijo un mundo menor, que es un hombre; pero mayor en el precio, en la estimacion, en el valor, que todo el que ganó Alexandro. Mas no está su mayor gloria, ni de su matrimonio el mas feliz complemento, solo en haber conseguido ese hijo, que si de pequeño mundo no sabe dirigir en la buena enseñanza el mejor gobierno, no será sino una pesadumbre intolerable, que despues de oprimir sus hombros de cuidados, y de deshonras, lleve al profundo su alma con escandalos, y con culpas. Es cada hijo, que Dios les dá à los casados, dice San Chrysostomo, un depósito riquísimo, è inestimable, que su Magestad les entrega, y à ese paso debe ser el cuidado, en que para guardarlo los ponga. Que si de ese depósito han de dar cuenta quando Dios se lo pida, ¿qué cuenta será la de un alma, que vale mas que todos los millones, si por su descuido se pierde? *Magnum habemus, pretiosumque depositum, scilicet*

*filium; ingenti illam servemus cura.* (Chrysostom. Hom. 9. in 1. ad Timoth.)

A esto, pues, viene à parar toda la fábrica hermosa, toda la máquina sagrada del grande Sacramento del Matrimonio, y en él todos los cuidados de dos almas por toda una vida, destinado todo de Dios, no solo à la propagacion material de los linages, no solo à la multiplicacion corporal de los hijos, (que para esto, sin tan sagrada liga, vemos que se multiplican por los campos las bestias, vemos que se continúan por los montes las generaciones de brutos) sino lo principal à la buena crianza de los hijos. Por eso tan inseparablemente unidos los padres, para que así atiendan, cuiden, se desvelen en esa buena educacion para el lógo de sus almas, para el comun provecho de las Repùblicas, y para el lustre hermoso de la Iglesia. Y si esto con los hijos no se consigue, perdido el fin; ¿cómo quedan de toda una vida las fatigas, y los afanes todos malogrados? Esto, pues, es lo que hay que atender en la prole, dice San Agustin: *In prole, ut amanter suscipiatur, benigne nutriatur, religiosè educetur.* (D. Aug. lib. 9. de Gener. ad litt. cap. 7.) Empiezan desde el punto mismo que de Dios se recibe este depósito, à par de su valor los cuidados. En el vientre de la madre, toda una atencion amorosa: *Amanter suscipiatur.* Desde el punto que sale del vientre la criatura, una crianza tan solícita como benigna. *Benigne nutriatur.* Y salida ya de las infantiles ignorancias à la razon, una educacion, que abrazando las leyes todas de lo político, prefiere en las virtudes los mas soberanos dogmas, y preceptos de lo Cristiano: *Religiosè educetur.* Mucha materia para tan breve rato, la que pedia, segun vemos en los padres usual el descuido, y à ese paso en los hijos repetidos los desordenes, continuos tambien los clamores de los Predicadores, y los avisos. Como à atajar la fuente misma, y el manantial de donde brotan à toda la República sus daños, à toda la Cristiandad sus escandalos, à innumerables casas sus ruinas, y à millares de almas sus condenaciones: en vano claman los Predicadores, en vano los Confesores exhortan, en vano los Curas se fatigan, en vano los Prelados zelan, mientras cada padre, y madre en su casa van criando en cada hijo libre, y mal educado, un enemigo de Dios, un destructor de la Religion, un escandaloso mas para lo público, y un condenado mas para el infierno. Fueran los padres cada uno en su casa el que debe, criara cada uno à sus hijos, è hijas como Dios manda; y y cuál (consideradlo) estaria nuestra República? ¿Cuáles los exemplos? ¿quáles los tratos? ¿quáles las virtudes? Mas dónde voy, que me divierto.

El punto primero de la animacion de la criatura en el vientre, siendo punto, y desde donde empiezan à correr las líneas de una eternidad. ¡Oh, si como Christiana lo considerará una madre!

Des-



Desde ahí, siendo à la criatura mayor, y mas por instantes los peligros, le deben empezar à la madre mas atentos tambien por instantes sus cuidados. Desde el punto que reconoce el depósito que Dios puso en su vientre; no es negocio este tan para despreciado como se suele con los chiquitos, y con los melindres. Vá no pocas veces en una accion que parece ligera, en un leve descuido, no menos que la eterna condenacion de una alma; y que sea la misma madre la que al hijo de sus entrañas se lo ocasione, pone horror, y grima el pensar. ¿Qué dixeris de la que acabando de dár à luz una criatura hermosa, sin permitir ni que lograra el Bautismo, ella tomando un cuchillo la despedazara en menuzos, y se la comiera? ¿Qué bestia es esta, dixeris, tan agena de razon, y de entendimiento? Pues no hace menos la que teniendola en su vientre, ò le procura con bebidas, y medicinas sacrílegas, ò le causa con descuidos no inadvertidos, el aborto: *Homicidii festinatio est prohibere nasci*, decia bien Tertuliano. (Tertul. in *Apol. cap. 3.*) Es, pues, menester advertir, que es gravísimo pecado mortal en la madre que se reconoce en cinta, qualquiera accion, por muy ligera que parezca, si de ella, ò tiene experiencia, ò noticia que se pueda seguir el aborto. En el comer, en el andar, en el vestir, en el movimiento, en las acciones, ¿Oh, que pende de un instante la eternidad de una malograda salvacion! Eso es ácia lo corporal del cuidado. ¿Y ácia Dios? ¿Oh, quáles deben ser de la preñada las oraciones, y los clamores, pidiendole que lo asegure! *In te confirmatus sum ex utero*. (Ps. 70. v. 6.) decia David. Quales à la Santísima Virgen, y al Angel de su Guarda los ruegos, y à los Sacerdotes el recurso, para que con su bendicion, y con las palabras del Santo Evangelio, alcanzando à la criatura la proteccion, consigam tambien su buen lógro. En la Vida de San Estevan Martyr se refiere, que estando de él preñada su madre, al entrar en la Iglesia San German, Patriarca de Jerusalén, la buena muger embarazada de la muchedumbre, se subió sobre un banco, y desde allí le gritó: *Benedic, Domine, quod in utero meo est*. Echs tu bendicion, Señor, al hijo que tengo en mi vientre. Y vuelto el Santo Prelado à mirarla, viendo con los ojos del espíritu el admirable Martyr que allí se prevenia à la Iglesia, echando la bendicion, dixo: Bendiga Dios ese niño por la intercesion de su primer Martyr Estevan. Y al decir estas palabras, vió la madre que le salian de la boca al Prelado llamas de fuego. El niño nació, pusieronle por nombre Estevan, y fue despues prodigioso Martyr en la Iglesia. (Ap. Marc. tr. 8. *leñ. prop. 2.*) ¿Y qué sabe cada una que así está, lo que Dios previene en la criatura que tiene en su vientre? ¿Qué sabe si tiene en ella un tesoro inexplicable de Santidad, como la tuvieron tantas madres dichosas?

Mas ya nacida la criatura, no cesan todavía, antes se deben doblar los cuidados: *Benigne nutriatur*. No solo en lo principalísimo, de que quanto antes reciba las aguas sacrosantas del Bautismo, no solo en que al descuido, ò de la madre, ò del ama, por ponerlo en una misma cama donde ahogue dormida à la criatura, descuido tan enorme, que ya alguna vez dixé como contra él fulminaban gravísimas penas los Sagrados Cánones. No solo en que se atienda à las buenas costumbres del ama, que de ellas se sigue no pocas veces mamarlas la criatura en la leche. Y de Alexandro Magno el negro borron de su embriaguez, que hasta ahora lo mancha en la historia, dicen que precedió del vino que bebia con desorden la que le dió de mamar. Y de Santa Catalina de Suecia, Virgen purísima, se refiere, que jamás quiso tomar el pecho de muger deshonestas: (Apud Leblanc. in *Ps. 70. v. 7. n. 30.*) mas tambien toca muy principalmente à la madre el traer al Templo, y ofrecer en él à Dios con toda el alma su criatura. ¡Oh, lo que esta accion de madres ha logrado de hijos santísimos, que pudiera referir admirables, y sucesos dichosos de este ofrecer à Dios con veras de un corazon devoto las criaturas. Mas llegadas ya al tiempo de los gorgoros, y al empezar ya à balbucir de sus tiernos labios las palabritas mal formadas, ¿oh, lo que aquí logra de una buena madre la piedad, y la discrecion, haciendo que sean las primeras voces del niño *Jesús*, y *Maria*, que sean sus primeras verdaderas gracias decir sus alabanzas! Si acá nos holgamos tanto, y lo celebramos al oírlo, ¿cómo aplaudirán los Angeles al oír tales voces de un alma toda en gracia? ¿Oh, cuánto en estos años puede ir instilando la madre de piedad, y de provecho en aquella tiernecita planta! *Mulier*, dice San Pablo, (¡qué graves palabras!) *mulier salvabitur per filiorum generationem*. 1.) *ad Tim. cap. 2. v. 15.*) La muger se salvará por la generacion de los hijos: por su buena, y santa crianza, quiero decir. Los desvelos, las molestias, los achaques que la criatura le causa, si todos à Dios, con su criatura los encamina; si la solicitud con que de dia, y de noche la atiende, todo con los hijos lo endereza à Dios; ¿oh, qué pasos tan derechos para salvarse! Pero ¿por qué solo de la muger dice esto el Apostol, y no del marido? No es tambien el padre el que tiene la misma obligacion? Sí, pero la madre, dice San Francisco de Sales, es con su devocion la mas fructuosa à la familia, es la que mientras el marido en sus cuidados fuera de casa, ella en casa siempre con el niño en los brazos, ò à su vista, ya le corrige la accioncilla, ya le riñe la mala palabra, ya le enseña à doblar la rodillas, à poner las manitas, à la oracion; y con estas, y otras piedades, ¿oh, cuánto consigue! Al gran San Luis, perla de Francia, ¿cuánto le aprovechó para su santidad la gran piedad con que le crió

su admirable madre la grande Reyna Española Blanca? A un San Edimundo de Inglaterra ¿qué lo promovió desde niño, sino una madre santa, que desde aquella edad le enseñaba al silencio, à la disciplina, y al ayuno? ¿Quién ganó à un San Andrés Corsino sino una madre tan varonil como Christiana, que supo reprehender sus travesuras? Y por dexar otros millares, entre Wenceslao, y Boleslao, Principes de Bohemia, hermanos de un padre, y una madre, ¿qué sacó à Wenceslao Santo, que lo adoramos en los Altares, y à Boleslao un maldito, y un condenado? Que à Wenceslao lo crió, y educó su abuela Ludmila, muger santa, y piadosa; y à Boleslao lo crió su madre Draomira, muger infamísima, soberbia, y vana. (Apud Machant, *ubi sup.*) De San Eleazaro, Conde de Arion, Principe secular, y casado, se refiere en su Vida por digno fundamento de su grande santidad, que habiendolo ofrecido su madre à Dios desde recién nacido, pidiendo à su Magestad, que si despues habia de ser rebelde à sus divinos mandamientos, le quitará la vida al punto que acabara de recibir las aguas del Bautismo; le pagó Dios esta oferta, y lo favoreció con tal gracia, que siendo de solos tres años, no tenía mayor gusto que ver à los pobres; y si lo apartaban de ellos sin darles limosna, lloraba tan inconsolablemente, que no habia otro medio de acallarle sino dar à los pobres la limosna. Y siendo de cinco años, quanto le daban, lo guardaba con gran cuidado, y admirable memoria, y en viendo los pobres, él por su propia mano se lo repartía. Así mostró los indicios de la gran santidad que despues tuvo. Y si por el contrario, ya en esa edad los niños empiezan à mostrar señales de la impiedad que despues han de tener; y si ya echan las muestras de la soberbia, de la altivez, y de la mala inclinacion, pobres madres que tal permiten. En esta edad está todo el principio del buen lógro, y todo el lógro del principio en la correccion, en el torcerles la voluntad en el castigo. Decidme, decidme: ¿qué Doctor es en la Iglesia un Agusino? ¿Qué debe el mundo à su entendimiento? ¿Qué debe la Christianidad à su saber? Pues veis todo eso, primero se lo debe al cuidado de sus padres. Llevaronle à la escuela, dice él mismo, (¡grande trabajo!) para aprender las letras: *In scholam ductus ut discerem litteras*. Y yo, como muchacho, qué sabia del provecho que habia en ella? *In quibus quid utilitatis esset, ignorabam miser*. Iba de mala gana, era flojuelo, y costabame azotes: *Et tamen si segnis in discendo essem, vapulabam*. Y aquí lo mejor: *Laudabatur enim hoc à parentibus*. Porque estos azotes los aplaudian, y se alegraban de ellos mis padres. (D. Aug. l. 1. *Confes. cap. 9.*) ¿Oh, padres dichosísimos, à quien así debe la Iglesia, y debe el mundo à un Agusino. Dexaranselo en casa porque llora, porque no quiere ir, porque es niño,

y porque es el idolo, y huviera sido, como tantos, un condenado quizá, y un demonio.

Mas ya en los años de discrecion, aquí la imponderable carga de los padres, aquí la cuenta mas terrible, que tanto se descuida, y que à tantos condena. Yo quisiera, decia Crates, subir à un puesto tan levantado, que desde él me oyerá todo el mundo, para decir estas palabras: *Adónde vais, mortales, que todos vuestros cuidados los ponéis en adquirir hacienda; y de vuestros hijos, à quienes la habeis de dexar, tenéis tan poco, ò tan ningun cuidado?* ¿Quién no vé esto cada instante? Qué fatigas, qué diligencias, qué desvelos, todo ya para adquirir, ya para adelantar, y para agrandar la hacienda, en esto los dias, las noches, y los años. Y vuestros hijos, hombres, ¿quién los cuida, quién los corrige, quién los enseña? ¿Oh locura, que no cabe en la ponderacion! Dexarlos à ellos en sí perdidos, y luego mucha hacienda à la redonda: ¿Quién, pregunta San Chrysostomo, (Chrys. hom. 6. in *Matth.*) estando la casa de su propia habitacion ya cayendose, podridas las vigas, desmoronadas las paredes, se pusiera à gastar su caudal en hacerle un jardin con grandes invenciones de agua, con varios, y hermosos recreos? ¿En esto gastas, bruto, y dexas de gastar en la casa que se te viene al suelo? ¿Pues caída ella, todo esto de qué servirá? Decidse asi mejor à un padre, que atento solo à dexarle al hijo el puesto, la conveniencia, le dexa el alma condenada, y la honra perdida. Estas no son ponderaciones, sino puras verdades católicas. En dos palabras: el padre tiene obligacion de pecado mortal de apartar à su hijo de todo lo malo, y de enseñarle todo lo bueno, segun la Ley santa de Dios; y es, aunque mas le duela, aunque mas lo sienta, aunque en esto emplee todo el cuidado de su vida, todos los gastos de su hacienda, que todo vale menos que el alma. Y si no es así, como muchas veces no lo es, no hay que adularnos, por mas que se aleguen pretextos, dificultades, respetos para alhagar el amor proprio. El padre, y la madre con su amor, y con sus lágrimas se condenan. Vayan recibiendo absoluciones solapadas, que despues de tanto, seguirán à millares de padres, que como ellos, están con sus hijos echandose eternas maldiciones en el Infierno. ¿Qué he de contar escarmientos pasados, si los vemos cada dia presentes? ¿Qué he referir historias, si cada dia vemos tragedias? Ya aquel hijo mal eriado, que de un tablage en otro, de uno en otro burdél, se precipita hasta una muerte desastrosa. Ya el otro mancebo, que del todo libre en juntas, y corrillos de ruines, despues de escandalosos alborotos, lo arrebató una muerte temprana. Ya el otro, que con el soplo del dinero, atrevido, ò que con las alas de noble, mas en sus acciones infame, despues de ser un vil borron de su casa, es una negra maldicion de la República.



blica. Ya todos los padres, sin alma, y sin honra (si no responden mas à lo bruto) dicen, que no lo saben, quando ese no saber arguye mas gravemente su torpísimo descuido; quando ese no saber manifiesta, que ni de sí mismos saben, ni miran el estado desventurado de su alma.

¡Oh, malos padres! De vosotros se queja el Eterno Padre, que habiendoo dado parte de su fecundidad con el nombre honroso de padre, vosotros lo abusais, para mayor ruina de las almas. De vosotros se queja el Hijo de Dios, que habiendoo tomado por sus cooperadores para la salvacion de vuestros hijos, vosotros, en vez de salvarlos, les servis de demonios. De vosotros se queja el Espíritu Santo, que habiendoo escogido por instrumentos para que hagais camino en vuestros hijos con la buena educacion à sus santas inspiraciones, vosotros se las quitais de sus almas. De vosotros se queja la Virgen Maria, que deseando tener en los vuestros otros tantos hijos,

vosotros los haceis hijos del diablo. De vosotros se quejan los Angeles, que les estorbais los compañeros de su gloria. De vosotros se queja la Iglesia, que le quitais su mayor decóro en los buenos Christianos. De vosotros se quejan las Repúblicas, que les causais con vuestros malos hijos sus daños, y alborotos. De vosotros se quejan las Comunidades, que con vuestros hijos mal criados les vais à manchar todo su lustre. De vosotros se quejan, en fin, vuestros mismos hijos, porque por vosotros padecen la vileza, la confusion, la deshonra, y la infamia: *De patre impio queruntur filii, quoniam propter illum sunt in opprobrio: (Ecl. 1. v. 10.)* Y si tales son, y tan justas las quejas, si tan altos como desde el mismo Dios contra vosotros los clamores, si solo se alegra el infierno con vuestro descuido; alto, à criar bien los hijos, para que criados bien, con su buen lógro, sean todo vuestro descanso, y regocijo mayor, y aplauso de la Gloria.



## PLATICAS DOCTRINALES, SOBRE LOS SACRAMENTALES, DEL AGUA BENDITA, Y PAN BENDITO.

OBRA POSTHUMA

DEL P. JUAN MARTINEZ DE LA PARRA,  
de la Compañia de Jesus.

Añadidas en esta ultima impresion, à continuacion de las Pláticas de los SACRAMENTOS, que para mayor fruto de las almas dió à luz el mismo esclarecido Autor.

### PLATICA PRIMERA.

De los beneficios que recibimos con el Agua bendita.

A 9. DE ENERO DE 1695. EN LA CASA PROFESA DE MEXICO.

SI al paso que nos afligen los males nos supieramos valer de los remedios: si como se abren los ojos al sentimiento en los trabajos, se abrieran à la fé en los mas seguros socorros; ni serian quizá tantas las quejas, ni quizá tantas las aflicciones. Todo un Ejército de Soldados de Caballeria, y de carros envió el Rey de Siria para prender à Eliséo: ocuparon una noche los campos todos à la redonda de Dothán; y al amanecer, viendo el Criado del Profeta (4.

*Reg. cap. 6. v. 14.*) cercada la Ciudad toda por todas partes con tanto aparato de enemigos, con tanto número de Soldados, lleno de miedo, desalentado todo, y dandose ya por perdido: hay, Señor, le dice à Eliséo, ¿qué ha de ser de nosotros? ¿qué haremos? Pero el Santo Profeta, echado en oracion, rogó à Dios que abriese los ojos del Page, para que viese cuántos mas en número, y calidad eran los que él tenía à su defensa, y à su guarda, que los que lo cercaban à su daño. Abrióle el Señor los ojos, y vió todo un monte lleno de Caballos, y Carros de fuego, que al contorno de Eliséo hacian escolta: con esto perdió el miedo al punto, recobró el aliento, y dixo: vengán enemigos, mientras tal defensa tenemos. ¡Oh, si con aquel abriera nuestra fé los ojos! Muchos son los males que nos

cer-

cercan, ya en el cuerpo, ya en el alma: muchos los daños que nos afligen, ya en lo temporal, ya en lo eterno: muchos los enemigos que nos combaten, ya visibles, ya invisibles; pero si con la fé vieramos, y lográramos cuántas son las defensas que tenemos en nuestro favor prevenidas, en vez de miedos, y de quejas, cobráramos con los mas seguros alientos los mas inestimables provechos.

Vimos ya en siete Soberanos Sacramentos tantas fuentes de nuestra vida, tantos baluartes inexpugnables à nuestra defensa, tantos tesoros inmensos à nuestro socorro, tanta Sangre de un Dios à nuestro espiritual aliento. ¿Y queda solo en esos la defensa de nuestros males? Aun bastaba cada uno solo para todos; mas como se nos repiten por instantes los peligros, por instantes tambien nos previno la mas soberana benignidad los socorros. Y si nuestra Vida Christo, con todo el valor de su Sangre, nos instituyó los Santos Sacramentos; nuestra Madre la Iglesia, inspirada, y asistida del Espíritu Santo, todo Dios de amor, que la alienta, nos instituyó los que llamamos *Sacramentales*. A la manera que pienso yo, mientras un Padre, porque lo es, emplea su caudal todo en ponerle al hijo la finca de un copioso mayorazgo; con todo eso la Madre por su parte, porque es Madre, aunque así lo vé enriquecido, no dexa por eso de solicitarle de lo que ella adquiere de su bolsillo otras alhajas preciosas, otros muebles de valor, deseosa de su mayor conveniencia. Así de nuestro Padre Divino, si tenemos en cada Sacramento un mayorazgo, tan copioso, como seguro; de nuestra amorosa Madre la Santa Iglesia tenemos, de lo que ella adquiere de su misma Magestad, inestimables bienes de cada uno de los que llamamos *Sacramentales*.

¿Y qué cosa son, y cuántos los Sacramentales, que quizá à algunos les cogerá de nuevo este nombre? No hablamos de las sagradas Ceremonias, y solemnes Ritos que la Santa Iglesia usa en la administracion de los Sacramentos Santos, à las quales por ordenarse à la decorosa veneracion, al religioso culto de los mismos Sacramentos, las llama *Sacramentales* nuestro Eximio Suarez. Otras cosas sagradas son las que aqui llamamos *Sacramentales*, porque destinadas por la Iglesia para socorros espirituales de las almas, para espirituales defensas de los daños contra nuestros invisibles enemigos, y de los peligros tambien, y daños de los cuerpos, se asemejan en su virtud à los Sacramentos, disponen en su modo para bien recibirlos, y suplen de alguna manera algunos de sus admirables efectos. Estas son, la primera, como mas principal de todos, el Agua bendita, el Pan bendito, la Oracion del Padre nuestro, la Confesion general, el Golpe de pechos, la Limosna, la Bendicion Episcopal, ceñidos todos en aquel antiguo verso: *Orans, sine-*

*tus, edens, confessus, dans, benedicens.*

A que se reducen otras no tan célebres. Sacramentales dixe que se llaman, por lo que en su virtud se parecen à los Sacramentos: porque à la manera que hirviendo el Sol no pocas veces en una espesa nube, de modo la reviste de sus rayos, la cerca de sus luces, la hermosa de sus resplandores, que parece otro Sol en el Cielo, à que llaman los Astrologos *Parellion*; y si bien ella no es el Sol, ni tiene de ese Planeta Rey la virtud toda, mas lo retrata de modo, que tambien reparte ella sus luces: si cada Sacramento es un Sol, cada Sacramental, aunque no tiene ni con infinita distancia aquella virtud; mas con todo, por los ruegos, y oraciones de la Iglesia, hace cada uno en el alma, y en el cuerpo efectos admirables.

¡Oh, cuántos tiene que abrasar nuestro amor, tiene que admirar nuestra fé, tiene que lograr nuestra necesidad en el primer Sacramental, que es el Agua bendita, que tan sin atencion la tratamos, costumbre que tan poco la estima el uso; que la aprecia tan poco la facilidad! ¿Genio ruina de nuestra ingratitud, que solo lo que nos falta, nos hace dar valor à su precio! Sabido, ponderado, y conocido por la Doctrina Católica, lo que es el Agua bendita, quáles los males de que nos libra, y cuántos los bienes que nos acarrea, si no estuviera luego tan facil por la benignidad de la Iglesia el conseguirla, un pomo solo de Agua bendita no hubiera precio, ni valor con que estimarlo. Instituyóla, pues, el Apostol, y Evangelista San Maréo, como lo refiere San Clemente Romano. (S. Clement. l. 8. *Const. ap. c. 35.*) discípulo de San Pedro, y San Dionysio, discípulo de San Pablo. (Dionys. *cap. 2. Ecl. Hier.*) Tan antigua, pues, como nacida en las mismas canas de la Iglesia, es esta Apostólica tradicion. Promulgóla despues San Alexandro Papa y Martyr, primero de este nombre, y quinto Pontífice despues de San Pedro, como consta del capítulo: *Quam de Consecrat, dist. 3.* Y desde allí ha venido siempre venerada de los Santos Concilios, celebrada con prodigios admirables de los Santos, usada con innumerables milagros de los Fieles, y solo con blasfemos ladridos de los mas perversos Hereges calumniada.

Ya desde la Antigua Ley anunciaban luces divinas esta Agua soberana: miraban à ella, ya aquel labio de bronce, (Paralypom. *cap. 4. v. 6.*) en que antes de la entrada del Tabernáculo, se lavaban los Sacerdotes: ya la célebre Agua de la Aspercion, que en los Numeros, (*Num. cap. 19.*) y en el Levítico le servia por mandado de Dios al Pueblo de Israel, para purificarse de las manchas legales; ya aquella Agua milagrosa, que mezclandola con sal el Profeta Eliséo, con ella sanó las amargas aguas de Jericó, y la tierra sanó las amargas aguas de Jericó, y la tierra sanó las amargas aguas de Jericó, con eso fructuosa, que antes era esteril la dexó con eso fructuosa,

Ooo

y